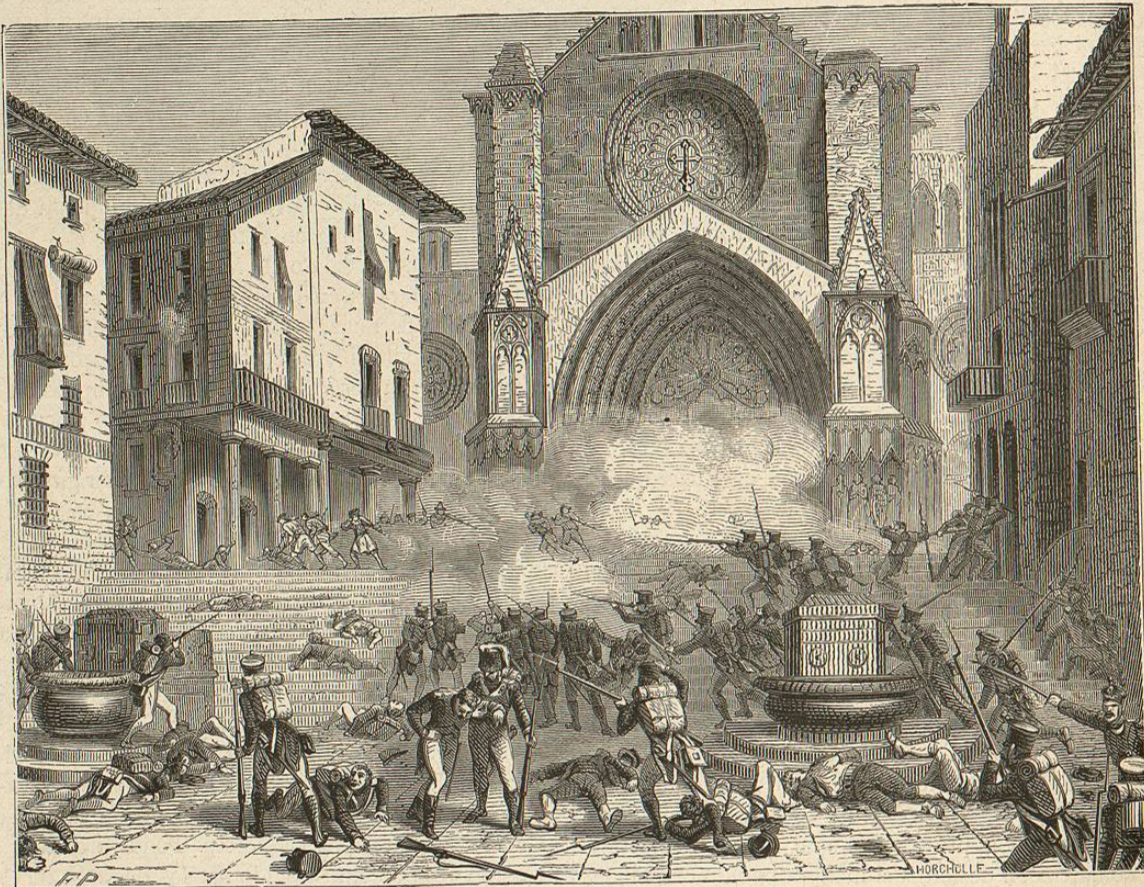


niéndose en Andalucía. Por tanto, el 24 de agosto levantaron el sitio de Cádiz y el 25 quedó despejada toda la línea que habían ocupado dos años y medio. Al mismo tiempo abandonaron sus posiciones y acantonamientos de las orillas del Guadalete y de la serranía de Ronda. El general Cruz tomó entonces la vuelta de Sevilla; y aunque Soult evacuó esta ciudad en la noche del 27 de agosto, todavía pudo Cruz embestir su retaguardia en Triana cogiendo á los franceses mucho botín y 200 prisioneros. Málaga fué también evacuada en los últimos días de agosto, y el 29 los franceses abandonaron sus posiciones de Extremadura retirándose hácia Córdoba. Drouet que los mandaba, engañado por los paisa-

nos, que le hicieron creer que se acercaban grandes fuerzas inglesas, salió también de esta ciudad y tomó el camino del puente de Alcolea, reuniéndose luego con Soult para marchar juntos en dirección á Murcia. Por último, en Granada, igualmente evacuada, entró el general Ballesteros el 17 de setiembre. De Andalucía se llevaron los franceses los mejores cuadros y objetos de arte; Soult se quedó con todo lo que pudo pillar, entre otros los dos magníficos cuadros de Murillo, *la Virgen del reposo* y *el Nacimiento de la Virgen*, que no volvieron á España.

El 25 de agosto se había unido José á las tropas del general Suchet y el 26 entraron todos en Valencia, poniéndose



Ultimo episodio del sitio de Tarragona: lucha delante de la catedral

el 2 de octubre en comunicacion con los generales Soult y Drouet. Wellington había tomado el camino de Arévalo, y allí en 16 de setiembre se le unió el ejército de Castaños, compuesto de 16,000 hombres, entrando todos en Burgos el 18. En vista de los triunfos adquiridos por Wellington en los Arapiles y en Ciudad-Rodrigo; de su entrada en Castilla y de los conocimientos estratégicos que había demostrado en toda esta campaña, las Cortes creyeron oportuno dar á Wellington el nombramiento de generalísimo de las tropas españolas contra el invasor. La estrategia de Wellington era la mas adaptada á las circunstancias y al país: no empeñar ninguna batalla campal sino con grandes probabilidades de vencer, y hostigar sin descanso al enemigo en todas ocasiones y por todas partes.

Así, aunque al principio se trató de asaltar el castillo de Burgos, Wellington mandó levantar el cerco porque amenazaban por otro lado los ejércitos franceses. En efecto, Jourdan y Soult volvían con José sobre Madrid. El pobre rey ambulante entró con sus tropas en esta capital el 2 de noviembre para salir el 7 del propio mes dirigiéndose á Castilla la Vieja, á donde acudían al mismo tiempo los ejércitos

franceses de la línea de Portugal y de la del Norte. Wellington se retiró pasando el Pisuerga por Torquemada y Cordoba; se dirigió hácia las antiguas posiciones que había ocupado frente á Salamanca y por último tomó cuarteles de invierno en Portugal y Castilla, estableciendo una línea que se extendía desde Lamego hasta las Casas de Baños y Béjar. Desde allí pasó á Cádiz, para descansar y concertar con el gobierno el plan de operaciones para la primavera siguiente de 1813.

En 1813 la campaña de Rusia emprendida por Napoleón y tan desastrosa para su ejército, proporcionó á los españoles la alianza de Rusia y de Suecia y levantó el ánimo de las potencias alemanas. Apenas regresó Napoleón á Paris, empezó á sacar tropas y especialmente cuadros de España para aumentar sus recursos militares. En marzo llamó á su lado á Soult y también por entonces se movió José tomando el camino de Valladolid. Salió José de Madrid el 17 de marzo de 1813 para no volver jamás y se llevó consigo parte de las tropas que tenía en Castilla la Nueva.

En el verano de aquel año empezó la gran campaña que debía arrojar á los franceses de la península. En mayo salió

Wellington de sus cuarteles de invierno llevando á sus órdenes 48,000 ingleses, 28,000 portugueses y 26,000 españoles del cuarto ejército. El 22 de aquel mes se hallaba en la Fregeneda con dos divisiones inglesas, una portuguesa y una española, y se encaminó con ellas á Salamanca. Los franceses reunieron sus tres ejércitos llamados del Centro, del Mediodía y del Norte, que tenían sus cuarteles de invierno en Valladolid, donde todavía se hallaba José. Fué su primer intento defender el paso del Duero, pero lo desbarataron las acertadas maniobras de Wellington. Las tropas españolas acantonadas en el Vierz y pertenecientes al cuarto ejército recibieron en 29 de mayo la orden de ponerse en marcha sin dilacion sobre Be-

navente y en contacto con la izquierda del ejército aliado, evitando toda accion que no fuese concertada con éste. En efecto, llegaron estas tropas el 2 de junio á Benavente, y el 3 por la noche á Villalpando, agregándose allí á la division que venia de Asturias á las órdenes de Porlier.

Desde Salamanca se dirigió Wellington á Miranda, pueblo de Portugal, para pasar por allí el Esla, tributario del Duero, cuyo paso se efectuó el 31 y obligó á los franceses á retirarse de Zamora y Toro. Los aliados entraron en esta última ciudad, donde se detuvo Wellington para dar tiempo á que se reuniese el grueso del ejército. El 6 de junio, hallándose ya todas las divisiones en comunicacion, Wellington prosi-



Sitio de Burgos por Wellington: la guarnicion francesa rechaza á los sitiadores

guió su marcha, al paso que se iban retirando los franceses con José, primero detrás del Pisuerga y luego camino de Burgos. El día 7 atravesó Wellington el rio Carrion, y adelantando su izquierda en los tres días siguientes, cruzó también el Pisuerga; dió descanso el 12 á su izquierda y centro y mandó á la derecha que avanzase sobre Burgos para reconocer la situacion del enemigo. Al aproximarse el día 14 las tropas aliadas, los franceses evacuaron á Burgos, despues de haber arrasado el castillo hasta los cimientos. José, al salir de Burgos tomó el camino de Vitoria, por Pancorbo y Miranda, para situarse al otro lado del Ebro.

Wellington dispuso que su izquierda maniobrara para amenazar siempre la derecha del enemigo, buscando la ribera alta del Ebro para pasarlo, mientras él marchaba no lejos del centro del ejército. El 14 cruzaron el Ebro Porlier y el general inglés Graham, y el 15 lo pasó Wellington.

Desconcertó á los franceses tanto como animó á los españoles el ver ya al ejército aliado en las montañas de Alava y Vizcaya. Wellington deseaba empeñar la batalla, y con este objeto había reconcentrado todas sus fuerzas, teniendo su centro en Subijana de Morillas y no lejos su derecha, mien-

tras los franceses, mandados por José, ocupaban las orillas del Zadorra, cerca de Vitoria.

Los últimos franceses que quedaban en Madrid, mandados por el general Hugo, salieron definitivamente de esta capital en mayo, llevándose, por supuesto, todo lo mas precioso que encontraron y quemando, como hicieron en Toledo y otros puntos, lo que no podían llevarse. Este convoy se unió á su gente en Valladolid y la acompañó en su retirada.

Los aliados tenían reunidos en las cercanías de Vitoria 35,000 ingleses, 25,000 portugueses, las divisiones á las órdenes de D. Pablo Morillo y las tropas españolas que mandaba el general Giron: en todo, de 85 á 90,000 hombres.

Los franceses contaban con una fuerza algo inferior á la de los aliados, pero bastante para ocupar posiciones que se dilataban por espacio de tres leguas, cubriendo los caminos reales de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid.

Wellington decidió atacar al enemigo el 21 de junio al amanecer, y en esta hora rompió el fuego la derecha aliada, mandada por el general Hill y compuesta de la segunda division británica, de la portuguesa, á cargo del conde de Amarante, y de la española, capitaneada por D. Pablo Morillo.

Tocó á éste empeñar el combate contra la izquierda enemiga y atacó con gallardía las alturas que los franceses ocupaban, quedando herido, pero sin abandonar el campo. Hill sostuvo á los españoles, y los franceses fueron desalojados de sus posiciones. En seguida Hill cruzó el Zadorra, y entrando por los desfiladeros que forman las alturas y el río, atacó y tomó á Subijana de Alava, que cubría la izquierda enemiga, frustrando luego las repetidas tentativas de los franceses para recobrar esta importante posición. Moviéndose entonces el cen-

tro británico, compuesto de cuatro divisiones, atravesando el Zadorra en pos de Hill y adelantando dos brigadas de artillería que batieron el centro francés. Después de un largo combate, el centro y la izquierda de los franceses tuvieron que replegarse á Vitoria. A esta sazón, la izquierda de los aliados, arrojando á los franceses de Gamarra, atravesó el Zadorra y se estableció en el camino de Vitoria á Bayona, cortando por este lado la retirada á los franceses y obligándoles á dirigirse á su país por Pamplona. No hubo ya enton-



Fin de la batalla de Vitoria: retirada de los franceses.

ces sino desorden y confusión en el campo francés; todo lo abandonaron los enemigos: artillería, bagajes y almacenes. Perdieron 151 cañones y 8,000 hombres, entre muertos y heridos, y José, estrechado de cerca, tuvo que dejar su coche y montar á caballo para salvarse, metiéndose en Francia. En España solo quedó Suchet, acosado en todas partes por los españoles.

En pos del enemigo entraron los aliados en Francia y ocuparon también varias poblaciones derrotando á los generales franceses.

Diestro Napoleón en las artes de la perfidia y del engaño, pensó que sería oportuno entrar en relaciones con Fernando y envió dos comisionados á Valencey, los cuales le propusieron un tratado, en cuya virtud Napoleón le reconocía por rey de España, prometiendo entregarle las plazas que ocupasen aun los franceses, y Fernando se obligaba á hacer salir á los ingleses de la península y á restablecer en sus honores y

empleos á los que habían seguido el partido de José. Fernando firmó el tratado y envió al duque de San Carlos para que lo presentase á la regencia, diciéndole verbalmente que debía ratificarse si las potencias aliadas contra Francia lo aceptaban, pues en otro caso estaba resuelto á declarar que era nulo y forzado, después que hubiera vuelto á España. Esto debía decir San Carlos á la regencia si veía que no estaba impregnada de jacobinismo. En caso contrario, debía limitarse á pedir simplemente la ratificación del tratado. La regencia contestó que con arreglo al decreto de las cortes de 1.º de enero de 1811 no se obedecería ningún decreto del rey mientras estuviese en el extranjero.

A principios de enero de 1814 fueron los franceses desalojados de las últimas plazas que ocupaban en Cataluña y Aragón; Napoleón dió libertad á Fernando y éste volvió á España, donde se portó con la monstruosa ingratitud que era de esperar de su carácter.

LIBRO SEXTO

RESTAURACION DE EUROPA EN PARIS Y EN VIENA

CAPÍTULO PRIMERO

LUCHA SOBRE EL PORVENIR DE FRANCIA: ¿NAPOLEÓN, BERNADOTTE Ó LUIS XVIII?

El día 18 de enero de 1814 presentóse en Basilea, corte á la sazón de los monarcas aliados, lord Castlereagh, el más poderoso ministro de la poderosa Inglaterra, á quien todos, pero muy especialmente el príncipe Metternich, esperaban con verdadera impaciencia. Antes de que llegara Castlereagh, escribía Metternich al príncipe Schwarzenberg, en 16 del propio mes: «De las primeras horas de la entrevista depende la salvación de la causa, dentro del estado en que actualmente se encuentra;» y después que se hubo hablado y llegado á una inteligencia con aquel ministro, escribió el día 21 al propio amigo: «Lord Castlereagh está aquí y estoy muy satisfecho de él, pues le adornan las mejores cualidades, como son: afabilidad, ciencia y moderación. Me agrada bajo todos conceptos y estoy convencido de que no menos le gusto yo á él. Refrenamos la necedad de cierto personaje cuyas astucias no me inspiran ya el menor cuidado. La pasión hacia Bernadotte es un pecado que coincide con muchos otros, pero no caeremos en el lazo (1).» Nuestros lectores estaban ya preparados para esta manifestación por la correspondencia de los dos austríacos que les hemos dado á conocer mas arriba. Volviendo ahora á este mismo asunto, guiados por las memorias detalladas de lord Castlereagh, descubrimos el punto capital mas sorprendente á la par que mas importante de la política secreta que corrió paralelamente con el curso de la campaña en Francia, dificultándola y contrariándola de una manera que hasta ahora no ha sido comprensible.

Lord Castlereagh no esperaba de los monarcas aliados disidencia alguna respecto de la cuestión del porvenir de Francia, desde que se había convencido sobre el terreno de la formalidad y energía con que hacían la guerra. En su primera memoria, que lleva la fecha de 22 de enero (2), hace ya completa justicia al espíritu de empresa de los aliados y encuentra que la promesa de que las negociaciones de paz entabladas por Saint-Aignan en nada perjudicarian á las empresas guerreras tuvo cabal y perfecto cumplimiento en el avance resuelto para libertar y restablecer la Suiza, en la rápida marcha de flanco del ejército principal desde Francfort

á Basilea, combinada con todos los preparativos necesarios para perseguir el objetivo de una amplia guerra de ataque y en la actitud altanera con que en pleno invierno penetraron en el corazón de Francia, teniendo á su espalda el Rin, cuyos hielos podían cortar todas sus comunicaciones: «La energía con que hasta el presente se han llevado á cabo todas estas empresas y con que los aliados han conseguido apoderarse de 28 departamentos situados en las distintas fronteras francesas, es buen testimonio de la decisión con que se hace la guerra. Desde el punto de vista puramente militar, las fuerzas de los aliados van en constante aumento gracias á las levadas que sin interrupción se hacen en Alemania, á la llegada de las reservas y á verse el cuerpo destinado á los sitios libre de los bloqueos de fortalezas.»

El citado ministro no se mostró de igual manera satisfecho en lo tocante á las opiniones políticas que observó en el cuartel general, pues en este punto se encontró con una novedad á la que, en un principio, no quería dar crédito. «Se dice — escribía (3) — que el emperador de Rusia se inclina á favorecer los planes que el príncipe heredero de Suecia abriga respecto de Francia. Mucho me resisto á creer tal afirmación, pero ha llegado á mí por conducto tan fidedigno, que no puedo menos de admitir que S. I. M. ha acariado este proyecto, bien que no tan formalmente, — tal es por lo menos mi parecer, — que quiera persistir en él á pesar de las observaciones que en contra se le han hecho.» Castlereagh no había hablado todavía personalmente con el emperador y por esto admitió, al principio, fácilmente esta suposición, considerando, sin embargo, que la simple idea de tales planes constituía un peligro gravísimo para la continuación de la guerra. «Tengo motivos, — escribe, — para creer que hasta que desaparezcan estos propósitos el ejército austríaco no podrá proseguir su marcha sobre Paris. El lenguaje del príncipe de Metternich respecto de este punto es lo mas enérgico posible y los prusianos se muestran acerca de tales propósitos altamente resentidos. El ministro austríaco dice en el seno de la intimidad que su corte no se opondrá en manera alguna á la voluntad de la nación francesa si ésta quiere restablecer la antigua dinastía, pero la cosa cambiaria por completo si en vez de una princesa de la casa de Habsburgo se sentara en el trono la señora de Bernadotte. Sin embargo, esto es un asunto secundario comparado con el peligro que para la libertad de Europa significaría una alianza entre Rusia y Francia, desgracia contra la cual quiso ya asegurarse el emperador Francisco dando á su hija por espo-

(1) Metternich: *Participacion del Austria*, etc., pág. 800.

(2) Wellington: *Supplementary Despatches*, tomo VI (Londres, 1851), pág. 536.

(3) Wellington: *Supplém. Desp.*, tomo VIII, pág. 537.